

Rimb on the road

Rimb es el primer *routard*, el santo patrono de éstos. Cuando abandona por vez primera a su madre y a sus dos hermanas, el lunes 29 de agosto de 1870, deslizándose como un ladrón hacia la estación de Voncq, cerca de Charleville-Charlestown, en el que será el primero de sus viajes sin retorno, son tiempos de guerra. Una antigua guerra que hemos olvidado porque hemos visto otras, pero que arrojó a la gente sobre los caminos e hizo correr la sangre.

Es una época híbrida. Hay aún diligencias, pero el tren se ha vuelto ya una costumbre y pronto habrá aviones. Son los últimos años del pasado. Años irritantes para todos aquellos que, como Rimb, no paran nunca de hacer y deshacer la maleta. Se viaja más rápido, pero todavía con demasiada lentitud. Durante los veinte años que le quedan por vivir, Rimbaud recorrerá miles de kilómetros a pie, hasta destrozarse las piernas, y hará uso de todos los transportes de su tiempo, salvo el globo, reservado para Gambetta y Philéas Fog: trenes, carros de posta, galeras, barcos de vapor, piraguas, caballos, mulas, camellos. Luego, desgraciadamente, al final, en Harar, esa camilla que él mismo diseñará. Inventará todo para sobrevivir con un presupuesto reducido o sin un solo centavo. Aprenderá a colarse entre las guerras y sacar partido de ellas un siglo antes que todos los *tropical tramps* que habrán de arrastrarse por el sudeste asiático durante las guerras de Indochina. Rimbaud posee la mentalidad del perfecto *routard*: la imaginación, la astucia, el salvajismo y la certeza de que el mundo entero debe estar a su servicio y de que él, como un rey, se halla en sus dominios donde quiera que esté.

El lunes 29 de agosto de 1870 hace un clima magnífico, como en todos los veranos en que hay catástrofes. Los prusianos han aplastado al ejército francés y sus patrullas dan vueltas alrededor de Charleville: es el tumulto, el éxodo, el cada quien para sí de la debacle, y nadie presta atención a ese muchacho de dieciséis años que corre como un loco hacia la estación. Rimbaud teme perder el tren o ser descubierto por su madre. Pero no huye, se lanza. No tiene sino una meta: llegar a París, al Pasaje Choiseul, y ver a Alphonse Lemerre, editor de sus ídolos, los parnasianos. Está impaciente por oír el anuncio liberador que lo arrancará finalmente de esa pequeña ciudad donde estalla de aburrimiento: "Los pasajeros con destino a Poix, Launois, Rethel, Reims y París, ¡al tren!"

Pero el trayecto entre Launois y Poix está interrumpido. Rimbaud decide entonces seguir hasta Bélgica: sabe que existe un tren que va de Charleroi a París, vía Soissons. Tiene una *Guía Chaix* en la cabeza mucho antes de que ésta sea inventada. En Charleroi descubre que le faltan trece francos para llegar hasta París y compra un boleto hacia Saint-Quentin, esperando poder burlar los controles. Pero la policía imperial, que sabe próximo su fin, se halla a la defensiva y Rimbaud es detenido en la Estación del Norte y es enviado a la cárcel de Mazas.

Es desde Mazas que envía un mensaje desesperado a Georges Izambard, su joven profesor de retórica en el colegio de Charleville, quien fuera el primero en creer en Arthur Rimbaud. Se trata del SOS típico del auténtico *routard*, a la vez suplicante y conminatorio, imperativo y puntilloso. El tratante de Harar se vislumbra ya en el rebelde de Charleville: "Si no ha usted recibido noticias mías el miércoles antes de la salida del tren que va de Douai a París, trate de rescatarme por carta o presentándose ante el procurador, rogando, respondiendo por mí y pagando mi deuda. Haga todo lo que pueda y, al recibir esta carta, escriba también, se lo ordeno, sí, escriba a mi madre (Quai de la Madelaine, Charlev.) para consolarla."

Rimbaud es genial hasta en sus lloriqueos y sus embustes. ¡*Routards* en peligro, tomad ejemplo! En este farfuleo jadeante que revela una urgencia dramática a la que nadie puede sustraerse, ha empleado todos los registros: el arrepentimiento del buen hijo que se inquieta por su madre, el llamado al sentido de responsabilidad de su antiguo profesor y la promesa de un eterno agradecimiento del tipo "no está usted tratando con un ingrato", que no le impedirá más tarde borrar al pobre de Izambard de sus escritos. Le reprochará su "obstinación por obtener el comedero universitario" y lo abandonará tras unas cuantas líneas secas luego de haberlo herido por última vez.

La vida de Rimbaud es la guía del *routard*, pero no del *routard* disciplinado y cortés de hoy que busca un pequeño hotel, un pequeño restaurant, que recurre a pequeñas triquiñuelas. Rimbaud es el *passant considérable*, el "hombre de las suelas de viento" que no se conforma con instalarse en casa de aquellos a quienes hechiza con su genialidad, seduce con su belleza o conmueve por su extrema juventud aún cercana a la infancia; también irrumpe en sus vidas y espíritus. Georges

Izambard habrá de experimentar esto: luego del asunto de Mazas, recibe a Rimbaud en la casa donde vive con las señoritas Gindre, sus dos madrinan, que lo acogieron a la muerte de sus padres.

Pero Rimbaud no es sólo un adolescente al que uno alberga en espera de que amaine el furor de su madre. Es alguien que exige un sitio en la casa y en los corazones. Y que lo obtiene. Las señoritas Gindre se convierten en sus protectoras y lo acicalan, le quitan los piojos. Rimbaud es un querubín invasor que al parecer intenta suplantar a Izambard e incluso transformarse en él. El antiguo profesor de Charleville es ahora secretario de redacción del *Liberal du Nord* y Rimbaud quiere, al precio que sea, trabajar en este diario. Logra publicar,



gracias a Izambard, la crónica de una reunión electoral. El artículo provoca un escándalo, pues pone por los suelos a un importante industrial de Douai. Rimbaud parece haber descubierto este principio tan conocido por los veteranos del camino: uno termina encariñándose con aquel que se le adhiere.

Aunque Rimbaud, más que adherirse, se posa a veces con la ligereza de un pájaro saqueador. Durante una de sus incursiones en el confuso París de 1871 va a dar a casa de André Gill, un dibujante al que admira por sus caricaturas en *L'Eclipse* y que vive en el quinto infierno. Es febrero, Rimbaud tiene frío. Y hambre, sin duda. André Gill no está en casa, pero la puerta siempre está abierta a los artistas. Rimbaud entra, se tiende sobre una cama y se queda dormido. "Soy un poeta y tengo sueños hermosos", dirá para disculparse. "Cuando yo los tengo, joven, procuro que sea en mi casa", le responde Gill, quien le da algunas monedas e incluso lo alberga por un tiempo. Ha encontrado una excusa encantadora y graciosa. Según otra versión, Rimbaud cometió algunos hurtos en casa de André Gill y un fortachón de la banda que frecuentaba el taller del dibujante quiso romperle la cara. Rimbaud cruzó los brazos y le espetó: "No peleo contra caballos". Una gran lección. El *routard*, sobre todo cuando las situaciones delicadas en que se encuentra a menudo lo obligan a actos no muy delicados, debe poseer encanto, gracia, ingenio y buenas réplicas. Debe poseer el verbo. El arte de salir bien librado gracias a una pirueta no se le da a cualquiera.

Rimbaud es el hermano mayor de la generación *beat*, de Bill Burroughs, de Jack Kerouak, de Neal Cassady. Ese gran hermano que nació demasiado temprano. Podemos ennumerar algunos capítulos de esa *Guía del routard* que este genial *routard* no escribió, pero vivió.

Título: *Rimb on the road*

1. El aventón

Fue Rimbaud quien lo inventó, sin lugar a dudas. Cuando Rimbaud camina por las carreteras, y Dios sabe que camina, detiene a los carros, a las carretas, para hacerse transportar a la población más cercana. Esto es lo que nos narra Ernest Delahaye, uno de sus compañeros de colegio. He aquí el porqué Rimbaud pudo cubrir tales distancias sin un céntimo en el bolsillo. Ejemplo: su recorrido por Alemania en 1876. Ha pasado el invierno en Roche, en casa de su madre. Levanta el vuelo repentinamente, en la estación más bella, como hace siempre. Dirección: Varna, en Bulgaria, desde donde pretende embarcarse hacia el Cercano Oriente. Tiene una idea en mente: es en esos parajes donde quiere labrarse un porvenir. Es así como habla en 1876: el llorón de 1871 ha quedado atrás. Pero en Viena se queda dormido, exhausto, en un coche, y el cochero le roba la cartera. Bueno, esto es lo que él nos dice. De todas formas, lo expulsan de Austria por vagancia y regresa a Charleville a pie, por Estrasburgo y Montmédy, lo que hace unos buenos 1500 kilómetros. Seguramente debió hacer una parte en carro de heno, en carreta o incluso en calesa. Delahaye nos dice, también, que paga generalmente su pasaje relatando anécdotas y cuentos bastante aburridos. ¡*Routards*, ya saben lo que tienen que hacer; estudiar otros idiomas!

2. Subvenciones, ayudas diversas

Otra información procedente de Delahaye. Cuando Rimbaud atraviesa una población, se presenta al alcalde y se hace pasar por un soldado desmovilizado. Así obtiene alojamiento en alguna granja y a veces una comida. Otro de sus buenos trucos es incorporarse a un ejército extranjero, cobrar un sueldo y desertar. Lo hizo con los holandeses y funcionó: lo llevaron hasta Java en el *Prinz-van-Oranje*, pero logró evadirse y volvió a Europa en el *Wandering-Chief*. Un crucero en el que ganó 300 francos.

3. Los trabajos temporales

Rimbaud fue vendedor ambulante en Viena, contador en un circo ambulante en gira por Escandinavia, preceptor de una familia alemana. Fue reclutador de mercenarios para el ejército holandés, que no consideró muy grave su desertión, y con frecuencia pensó en vivir a expensas de los militares, tal vez para molestar a su padre, el capitán Rimbaud, a quien casi no conoció, o simplemente porque la época se prestaba a ello.

Rimbaud fue un *beatnik* que se equivocó de siglo. En éste, habría podido ser guarda-frenos en la *Pacific Railways*, o centinela de incendios en los grandes bosques americanos, en lugar de vender fusiles a Menelik, el rey de Choa "en el horror jactancioso de los paisajes lunares". Habría regresado de tiempo en tiempo a casa de su mamá, como Kerouak, y no se habría herido la rodilla. ♦